

Escrituras

El escritor Patrick Modiano, en su casa de París
HELIE GALLIMARD



Novela Con 'En el café de la juventud perdida', Patrick Modiano da un salto hacia delante y recrea el París que ha sucumbido bajo el paso del tiempo

La historia de Louki

Patrick Modiano
En el café de la juventud perdida / En el café de la juventut perduda
Traducción al castellano de María Teresa Gallego Urrutia y al catalán de Joan Casas

ANAGRAMA / PROA
138 / 144 PÁGINAS
14,50 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

Cuando hace sólo unos meses (2/1/2008) escribí a raíz de la traducción de *Un pedigree* (2005) que Patrick Modiano (Boulogne-Billancourt, 1945) había coronado un texto *excepcional* (siempre escarbando en la memoria de su conciencia, describiendo obsesivamente un tiempo y un paisaje que a los viejos lectores de su narrativa nos es archifamiliar), no conocía su última novela *En el café de la juventud perdida* (*Dans le café de la jeneusse perdue*) por entonces recién aparecida en Francia. El hermoso título pertenece a la cita que abre el libro y anticipa su sentido: "A mitad del camino de la verdadera vida, nos rodeaba una adusta melancolía, que expresaron tantas palabras burlonas y tristes, en el café de la juventud perdida". Está extraída de las *Memorias* de Guy Debord (1931-1994), el intelectual marxista, autor de una obra de referencia,

La sociedad del espectáculo, que antes de ver su cuerpo arruinado por el sufrimiento eligió morir.

Bajo tales auspicios, Modiano sigue siendo fiel a su propio universo pero en mi opinión –y para mi asombro– da un salto hacia delante en cuanto a asunto y estrategia narrativa. En el París de los cin-

El relato se divide en cuatro monólogos que nos adentran en el misterioso mundo de la mujer protagonista

cuenta, nos informa, hubo entre muchos otros un café llamado Le Condé. ¿Su ubicación? ¿Dónde iba a estar sino en el barrio de L'Odéon, en un perímetro exactamente trazado, cuyo vértice es la plaza Blanche? Su clientela era peculiar, compuesta por artistas jóvenes y

estudiantes. Un día cruza el umbral una chica discreta que nadie sabe quién es pero vuelve una y otra vez a horas distintas, se sienta al fondo del local, poco a poco se mezcla con los tertulianos y luego alguien, para identificarla, la llama Louki. Pues bien, Modiano se propone contar con su habitual estilo la vaga historia de Louki que como averiguaremos más adelante se llama Jacqueline Choureau, de soltera Delanque, y es hija de una empleada del Moulin Rouge.

La novedad es el artificio literario con que nos conduce hasta esa intensa y extraña criatura que es Louki. Divide el relato en cuatro monólogos: el primero de un alumno de la Escuela de Minas, asiduo del café; el segundo, un detective privado, Casley, a quien Jean-Pierre Choureau, el marido de Louki, ha encargado investigar el paradero de su esposa que ha abandonado el hogar y las pesquisas lo llevan a Le Condé; el cuarto y último es de un escritor, un tal Roland, que conoció a Louki en el gabinete de Guy de Vere, versado en ciencias ocultas, y gracias a Roland conoceremos la resolución de la historia. Pero entremedias Modiano se permite un rasgo de genialidad, una verdadera pirlueta, que para mí da la dimensión de su absoluto dominio de la técnica narrativa. Si el estudiante, el detective y el escritor son voces que nos hacen ver desde el *exterior* a la protagonista, de repente, en el tercer monólogo, quien habla es la propia Louki y naturalmente lo hace desde *dentro*. La ocurrencia de dejarnos escu-

PATROCINADO POR

E
fecsa endesa



La ciudad en primera línea

Casi es obvio señalar que como en toda la narrativa de Patrick Modiano, *En el café de la juventud perdida* el París de antaño comparte primera línea con Louki y demás personajes de la novela. No es posible imaginarlos en otro escenario urbano, quizá porque el autor se esmera en concretar calles, edificios, comercios, instituciones, monumentos, a través de los cuales uno, por poco familiarizado que esté con la capital francesa, consigue ver la pintura realista del paisaje e identificar como parte de ella a los seres que encuadra. ¿Qué simple turista no ha pisado las inmediaciones de la glorieta de L'Odéon o la plaza Blanche y no se ha detenido ante el Moulin Rouge? Pero estos lugares en las páginas de Modiano no son meras ilustraciones sino que transfieren su veracidad a la ficción: permanecen inalterables como él los describe, negro sobre blanco, igual que Louki, sola con su pánico a la vida sin reconocerse en ella, se hace mortal al fondo de un café parisino llamado Le Condé. **R.S.**

char lo que la chica tiene que decir de sí misma, cuando la historia está montada en torno a su ambigüedad, me parece un riesgo de grosor considerable.

Sin embargo el cambio de perspectiva, magistralmente controlado por el autor, resulta esencial para entender que la clave de la novela, es decir, el conflicto que hace inestable a Louki, que justifica sus ciegas escapadas por los dédalos del barrio, huyendo de las inoperantes certezas del orden burgués, es la búsqueda hipnótica a vida o muerte de una identidad reconocible con la que sobrellevar el caos de la soledad y la desesperación. Pero –he aquí lo terrible que marca la impronta trágica del relato y su poderosa fascinación– el proceso indagatorio al que se entrega desde niña Jacqueline, primero Delanque (de padre desconocido), luego Choureau y por fin Louki (un nombre atribuido casi como una *boutade*, sin raíces, que nada significa) únicamente le será útil para descubrir que no sólo es un misterio para los otros sino que lo sigue siendo para sí misma. Una verdad insoportable. No es casual que Louki se mueva sin respiro por lo que Roland llama “Las zonas neutras” que describe así: “Había en París zonas intermedias, tierras de nadie en donde estaba uno en las lindes de todo, en tránsito, o incluso en suspenso. Podía disfrutarse allí de cierta inmunidad”.

Demostración de sabiduría

Roland –y por su mediación Modiano– habla en pasado ya que, según constata al cabo de unos años, nada de eso existe. El café Le Condé, donde se dice que algunos de sus clientes eran Adamov, Maurice Raphaël, Olivier Larraondo, ¿tal vez Genet o Perec?, que se pasaban *Los cantos de Maldoror* o *Iluminaciones*, lo encuentra transformado en una tienda de marroquinería. También han sido barridas de París las zonas *neutras*; la misma Louki fue tragada por el vacío; y la juventud y su adusta melancolía, la esperanza de todos ellos de materializar los sueños, de convertirse algún día en lo que entonces cada uno ambicionaba ser... De manera que las cenizas de aquello que fue real son hoy pura ficción.

No puedo concluir sin referirme una vez más a la precisión expresiva de Modiano que libro tras libro –nunca aburridos ni poco convincentes como sucede con tantos productos de la literatura francesa actual– me produce una admiración que no cesa de aumentar. Pienso que su falsa sencillez es la más brillante y genuina demostración de sabiduría. Y *En el café de la juventud perdida* la dramática y hermosa historia, extraordinariamente bien contada y diseñada, de una mujer extraterritorial, inolvidable, que sólo un autor dueño de todos sus recursos narrativos podía crear. No la ignoren. |

Latidos

El misterio de Porcel/Pla

SERGIO VILA-SANJUÁN

Josep Pla escribió una novela policiaca. No de forma deliberada. En realidad se trataba de un reportaje, parte de un retrato biográfico, sobre un terrateniente del delta del Ebro que hizo fortuna durante el franquismo y fue asesinado en su propia finca por un submarinista surgido de las aguas. La reconstrucción de estos hechos misteriosos constituye por derecho propio un relato detectivesco que bebe del Simenon que tanto interesó al ampurdanés.

O al menos eso nos cuenta la última novela de Baltasar Porcel, *Cada castell i totes les ombres*, que aparecerá a fin de octubre en Edicions 62 y que en su tramo final ofrece el texto de esa novela policiaca que en realidad nunca pudimos leerle a Pla, pero que Porcel ha redactado por él como Llorenç Villalonga le redactó a Marcel Proust ciertos textos que el francés había olvidado.

El nuevo libro de Porcel tiene dos protagonistas cuyas trayectorias se cruzan, el amargado activista político-vecinal Pelai Puig, y el olímpico y cultivado millonario Ginès Jordi Martigalà, una mezcla de Duran Farell y Ferrer Salat con toques del propio autor. En quince capítulos las evoluciones de uno y otro, con sus intereses contrapuestos, dibujan un fresco de la Barcelona actual, su vivacidad y su crecimiento, tan abrupto que a veces aporta sorpresas como el hundimiento del Carmel, aquí reelaborado.

Y es cuando el lector está convencido de que *Cada castell i totes les ombres* constituye por derecho propio una de las novelas más urbanas del autor, y que junto a *Lola i els peixos morts* forma un subgrupo dentro de su obra que se contrapone al ciclo mallorquín emblematizado por *Difunts sota els ametllers en flor* o *El cor del senglar*; es justo cuando pensamos que en todo el libro finalmente no aspiraremos más aroma que el del ladrillo, que el autor nos traslada a las tierras tarragonesas del año 1975, y allí entre personajes como López Rodó y otros jefes catalanes del Régimen agonizante, además de Jordi Pujol, un aún no emergido Felipe González o Emilio Botín, pone a Pla a investigar una historia que nos recuerda que todos venimos de la guerra civil española o que, como sugería Honoré de Balzac, detrás de toda gran fortuna hay un crimen.

Y sin embargo para mí el verdadero misterio del libro no es ese. El misterio es cómo Porcel, con un cáncer de por medio, afortunadamente superado, ha tenido la voluntad y el empuje para lanzarse a un proyecto tan ambicioso como éste y acabarlo limpiamente, aspirando a mostrar no un fragmento, ni una visión lateral, sino la imagen global de una sociedad a partir de sus extremos, algo que se diría una voluntad narrativa decimonónica, pero que por su actualización y actualidad simplemente nos confirma que Porcel es hoy el más *tomwolfeano*, si no el único, de los escritores españoles. Con regalos como el pastiche de Pla o la historia de la excursión lesbiana a los Alpes de las *dones catalanes*. En fin, admirable.



Porcel ganó el premio Sant Joan 2008 con su novela

JORDI BELVER